

## Epílogo

### Consideraciones intempestivas a propósito de *El Cuento de la Atanasia*

José Luis Fernández Fernández  
Cátedra Iberdrola de Ética Económica y Empresarial - ICADE  
Universidad Pontificia Comillas

Le atribuyen a don José Ortega y Gasset aquel feliz retruécano de que “lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa”. Y, más allá de la *boutade* que dicha tesis parece representar, lo cierto es que tiene razón, mucha razón.

Mucha, pero no toda: que eso de dar con el arcano de las cosas a carta cabal, *urbi et orbi* y para siempre, está fuera del alcance de la mente humana, por más que se quiera discurrir y se discurra con sistema y con buen método. En esto, Ortega, de nuevo, nos dejó dicho con fórmulas lapidarias, al menos para mientras que el mundo sea mundo y la gente, gente, un par de cosas que vienen al pelo: de un lado, aquello a lo que ahora llaman *mapas mentales* –y que él denominaba, con mayor casticismo, *las creencias*, en las que inevitablemente siempre *se está*; mientras que *las ideas se tienen nada más*–; de otro, la *perspectiva* y el *perspectivismo*... una verdad comprensible hasta por un niño de cuatro años, en cuanto se le relata el cuento de aquellos ciegos, describiendo, cada cual a su manera, cómo creen *-creencia, mapa mental-* que es un elefante: que si “¡es como un enorme abanico!”, dice el que palpa la oreja al *Dumbo*; que si “¡no, no... es como una manguera muy gorda!”, exclama el que lo tiene agarrado por la trompa. “¡Qué va... qué va...! ¡Lo que es, es como una columna!”, afirma a voz en grito el que, como náufrago al madero, se abraza a la pata del paquidermo...

Y, entonces, *rebus sic stantibus*, que dicen los jueces cuando redactan sentencias con la solvencia de rigor: “¿Quién tiene la razón?” “¡Todos!” ... Habríamos de responder... Bueno, todos... y ninguno. Habría, pues, que matizar: porque todos tienen *parte de razón* y ninguno la tiene entera.

¡Ah, la sabiduría portuguesa y el buen sentido tras el latir del fado! ¡Qué delicados con quien yerra y con qué finura le dicen a uno que no, que no porfíe más, que lo deje... que no es cierto lo que afirma! ¡Cuántas veces añoré tener yo el temple y la retranca bastante como para, en el fragor de la disputa acalorada, en lugar de poner las patas en el cielo, como hacen las mulas falsas cuando les tocan la bolsa, supiera adoptar el sosegado tono y con el circunspecto ademán de un Pereira cualquiera acertara a sostener con todo aplomo aquella sibilina formulación que sentencia, de manera inapelable: “*¡Voçé tem razão, mais non tem toda!... E a pouca que tem, non tem muito fundamento!*”

¿Será cosa de afirmar que, entonces, no hay verdades objetivas? ¿Tendrá razón don Ramón de Campoamor y Campo Osorio, aquel naviego de pro, cuando pontificaba desde aquella dolosa lo de que “*en este mundo traidor/ nada es verdad ni mentira/ todo es según del color/ del cristal con que se mira*”? Otra vez: sí, tiene razón; pero no toda.

Porque, si la tomamos en serio, la tesis anula su propio sentido: se pega un tiro en el pie y no habría de conseguir llegar muy lejos. Afirmar -aunque se haga de manera campanuda y muy

rotunda- que todo es relativo o que todo depende... -¿de qué pende?- ... no deja de ser un aserto dogmático en sí mismo.

¡A ver si va a acabar siendo verdad que no hay verdades! Paremos el carro e indagemos: a esta última afirmación ¿qué estatuto lógico le habríamos de atribuir? ¿Será verdad, será mentira o será tal vez algo a medio camino entre lo uno y lo otro? No hace falta ser ni un Aristóteles ni un santo Tomás; ni siquiera un epígono aventajado del *Venerabilis Inceptor*, Guillermo de Ockham, para comprender -aunque otra cosa sea saber formularlo en los justos términos- que en el pecado del ultra relativismo se lleva la penitencia de la auto refutación. O dicho más a lo llano: que el relativismo absoluto encierra en su propia esencia una contradicción doble -semántica de una parte; y pragmática de otra- que lo hace inviable y pugna de manera fatal contra su siempre paradójica pretensión dogmatizante.

Y todo este exordio, para empezar a poner el epílogo al fabuloso libro que estás a punto de cerrar, lector amigo. Seguro que satisfecho, con las intuiciones y los chispazos emocionales que las confidencias y los puntos de vista que Carmen Lovelle, su autora, nos dejó, negro sobre blanco, en sus abundantes páginas, hayan podido hacer brotar en tu ánimo.

Porque la autora comparte con nosotros sentimientos, deseos, afectos, pasiones, epifanías de todo su rico mundo interior. Concretado en las sensibilidades de un caleidoscopio anímico bien cumplido, como sólo cabe esperar de una veteranía lúcida, acrisolada en la forja que suponen los múltiples avatares personales, profesionales, culturales, políticos y empresariales... por donde Carmen Lovelle transitó y, quiera Dios, lo siga haciendo durante muchos años más para solaz y gracia de los que la queremos bien. En el *Diario de Carmen en tiempos de pandemia* laten, como digo, sensibilidades polifónicas: ciertamente, la intelectual; pero también la musical, la estética, la moral, la relacional –de su tierra y de sus gentes.... Pocas veces habremos de tener un ejemplo más cumplido de la verdad que se encierra en aquellas sentencias que afirman, respectivamente, por un lado, que *nemo dat quod non habet* –nadie da lo que no tiene-; y, por otro, aquello de que *ex abundantia cordis loquitur os* y que, libremente traducido, nos indica de la abundancia del corazón habla la lengua... Y en el corazón de Carmen, a lo que se ve, cabe mucho: hay un grandísimo *fondo de armario* vital.

Seguramente aquellas reflexiones rozaron algunos ámbitos archivados en tu memoria, y hubieron de provocar remembranzas y recuerdos -unos más gratos que otros, cierto es-, pero siempre en la sazón de hacerte volver a pasar por el corazón -*re-cordar*- situaciones, momentos, historias de hace mucho o poco tiempo, pero que contribuyeron a conformar tu peripecia de vida.

Pudo, quizás, la lectura de los capítulos y las ideas que en ellos se expresan hacer que saltaran en tu mente nuevas asociaciones, que afloraran inquietudes más o menos intrépidas, para, bien reforzar lo que siempre habías dado por sentado y tienes por correcto; o bien para empezar a poner en solfa algunos juicios previos -*pre juicios*- de los que, ¡vaya usted a saber por qué!, a lo mejor, valía la pena tratar de desprenderse.

O, tal vez, de la lectura del *Diario de Carmen en tiempos de pandemia* hubiste de sacar la voluntad de hacer esto o lo otro; de decidirte a poner por obra algo o, con idéntico arranque, a dejar de llevar a cabo no sé qué otra cosa. En todo caso, lo más seguro sea que no hayas salido de la lectura de este libro igual que entraste en él. Al menos, como eso es lo que a mí me ocurrió, tiendo a suponer que algo parecido te puede haber pasado a ti también.

Por eso, antes de que le des carpetazo a la obra y cierres, de derecha a izquierda, la tapa de la contraportada, déjame compartir algunas de las cavilaciones -no serán más de dos o tres, que no pretendo abusar de tu gentileza- en que la lectura de las memorias que recoge este libro -lección, a veces, jovial; otras reflexiva; y siempre iluminadora- me tuvo sumido.

¡Claro que sabemos lo que nos pasa! Lo que ocurre, como empezaba diciendo, es que no lo sabemos todo... Por lo demás, a veces, cuando nos empleamos a fondo e indagamos a conciencia en los asuntos que nos interesan, en las cosas que nos afectan o en los negocios que nos preocupan, llegamos, tras mucho esfuerzo, a desentrañarles algo del *quid* de aquellas cuestiones y a atisbar, siquiera sea muy entre nieblas y brumas, el *busilis* de las realidades que nos asombran o nos cuestionan o nos sorprenden o nos descuadran... En otras ocasiones, lo habitual es que no lleguemos ni siquiera a captar una décima parte -y eso ya, a veces, me parece mucho- de lo que se está ventilando en el acontecimiento que nos ocupe o con el que nos sintamos inquietos y concernidos, en una determinada circunstancia. Llegar en tales contextos a saber de la misa la media ya debiera ser considerado como hazaña rayana en lo portentoso. Otras veces, en fin, las cosas resultan ser tan claras como la luz de una bombilla *Led* cuando coge toda la intensidad... y, en estos casos, no habría por qué andar dándoles más vueltas de las necesarias a las cosas.

Por ello, si ahora, buscando acomodo en lugar propicio para realizar una faena de algo más que de aliño, llevamos el toro a los terrenos de esa COVID-19 de nuestros pecados, nos las habremos de ver, sin duda, con la triple versión de los escenarios que acabamos de mentar: de una parte, hay muchas cosas que se nos escapan y que -por desgracia, con toda probabilidad-, se nos van a seguir sustrayendo -ya sea porque nos las quieran ocultar; o bien porque no haya quien las conozca ni nunca las haya de conocer-. Por otro lado, otras son transparentes y caen por su propio peso. En fin, habrá un tercer racimo de preguntas para las que -¡esperemos!- irán en su día apareciendo respuestas razonablemente satisfactorias. Entonces sí -a toro pasado, todos Manolete-, entonces nos podrá salir del fondo del alma una iluminación parecida a aquella otra que, en su día, hubo de espolear a Arquímedes y hacerlo saltar de la bañera con el *eureka* -“¡ya lo encontré!”-, que en nuestro caso, si se quiere, habría de quedar formulado en un aserto con algo más de sordina, pero con una satisfacción no menor, rematada con la media verónica del siempre elegante: “¡Ya lo decía yo!”... “¡Ya me parecía a mí!”

Pues bien, equipados con el bagaje epistemológico que va indicado -y que abre un abanico extendido desde lo cierto y seguro: aquello que sí se sabe fijo -el *wissen* kantiano- ; a lo incomprendible, que se nos ha de escapar siempre, como el *en-sí* metafísico de la realidad; y que, en ocasiones, hace escalas bien sensatas en los terrenos de lo opinable, de lo que, aunque no se sabe, sí que se puede pensar, *denken*-; digo que, pertrechados con esos *caveat*, tratemos de hilvanar, en lo que queda, algunas consideraciones que sirvan de sobrescrito -*epi logo*- a lo que Carmen Lovelle nos ha regalado con la redacción de este *Diario*. Lo escribió, como ya insinuaba más arriba, desde la honestidad intelectual, con el coraje moral necesario y haciendo gala de una envidiable libertad de ánimo.

Todo eso y- seguro que mucho más- se percibe entre las líneas y se va trasluciendo mientras nos relata sus emociones; cuando nos abre su corazón para declararnos cuáles con sus sentimientos; al punto en que nos lanza mensajes de ánimo, nos invita a escuchar aquellas músicas que a ella le hacen vibrar, o nos saca una sonrisa de cómplice cuando diagnostica o adjetiva alguna de las muchas rocambolescas peripecias que hubieron de irse produciendo al paso que ella anotaba sus mociones espirituales durante aquellas semanas de la primavera y el

arranque del verano del pasado año de 2020... *Annus horribilis* del que, por lo menos, algo bueno habremos de poder sacar... aunque más no fuera que por el hecho de poder volver a meditar en lo vivido -y en lo *morido*- al compás de la lección que Carmen nos ofrece.

Lo que nos está pasando con el COVID no es ni nuevo ni de ayer. La historia está bien documentada con relación a pandemias, pestes y otros desastres relativos a la salud. Algunas de aquellas plagas, desgraciadamente, hubieron de resultar dramáticas en extremo y se acabaron saldando con verdaderas hecatombes en lo tocante al número de muertos. Recordemos cómo la población de Europa quedó reducida en muchos millones de personas, allá en el siglo XIV, de infeliz memoria, a resultas de la *peste negra*, adjetivada también como *bubónica*. Aquella calamidad –como el del Tatuaje de doña Concha- había venido en un barco que, procedente de la parte de Turquía, hubo de atracar en Venecia... desestibando allí, además de la carga y el pasaje mariner, las ratas y las pulgas que hubieron de infectar, en unos años, el continente: de abajo arriba y de oeste a Rusia.

Entonces, cierto es, no había ni las condiciones de higiene, ni estaban al alcance las medidas sanitarias de que hoy gozamos. Tenían además aquellos medievales un desconocimiento superlativo respecto a los modos de transmisión de enfermedades; ignoraban mecanismos que hoy están al alcance de cualquiera de los que se desenvuelven profesionalmente en los terrenos de la medicina y de las ciencias de la salud. Aquellos pobres europeos *de cuando entonces*, además -si es que nos da por creer a tanto anacrónico mistificador de tiempos pretéritos- estaban, no sólo lastrados intelectualmente con el mal de la ignorancia, sino también invadidos por una especie de fanatismo religioso que los llevaba a interpretar en clave de castigo divino algo meramente natural. “*¡Pobre gente ilusa, con el coco comido por los curas!*”, rematan con chulesco y prepotente desplante... “*Por lo demás*” -continúan los hodiernos arúspices- “*para prevenir, curar o aliviar aquellas bubas, el consuelo de las oraciones y las rogativas poco auxilio habría de suponer*”. San Roque y su perro, si acaso, algo de efecto placebo ejercían. Pero nada más. La fe en su patronazgo podría, sin duda, calmar dolores; y, sobre todo, tranquilizar unas conciencias que se acabarían acomodando, resignadas, llegado el caso, a la inevitabilidad de la desgracia y a la aceptación del destino cruel de una muerte inevitable.

“*Pero, ¡bah!, eso eran cosas del pasado. ¡A nosotros con pestes ahora!*” Era impensable, no cabía en cabeza moderna ni en magín mínimamente ilustrado. Por dar un dato: el *World Economic Forum* -Foro Económico Mundial-, que todos los meses de enero, desde hace ya cincuenta años, reúne en Davos, Suiza, a la flor y nata de los mandamases del planeta -desde el papa Francisco al chino Xi Jinping, desde Bill Gates a *nuestro rey Felipe, que Dios guarde*, diremos con Manuel Machado-; digo que el *World Economic Forum* no había ni olido la posibilidad de que se nos viniera encima algo parecido a la pandemia del SARS CoV-2, que así se llama técnicamente *el bicho*. Y ello, pese a los fabulosos recursos económicos que maneja y a las innúmeras antenas que despliega por el mundo y que, dicho sea, con elogioso reconocimiento, suele tener bien orientadas, con vistas a pulsar el estado del universo en lo tocante a riesgos potenciales y a la identificación de tendencias emergentes.

Otros *think-tanks*, por el contrario, como por casualidad, para compensar -y de paso para dar cabida con ello a toda suerte de especulaciones, a toda clase de paranoias y a las más variadas teorías conspiratorias de la sociedad, unas con un fundamento *in re* indiscutible, otras algo más quiméricas e inverosímiles-, parecían haberse estado preparando con el denominado *Evento 201*, el 18 de octubre de 2019, *din* que en el hotel The Pierre, de la isla de Manhattan, allá en Nueva York, para una eventualidad -*¡Vaya por Dios!... ¡Qué puntería! ¡También es*

suerte! ¡Menuda casualidad...! ¿Verdád, usté?-, para una circunstancia improbable pero no imposible... que, a la postre, hubo de resultar calcada a la de la película de miedo que todavía nos está tocando vivir. Esta pesadilla en la que somos, a la vez, actores, rehenes, carne de cañón y marionetas -¡mas no en la cuerda del amor a la que le cantaba *Sandie Shaw* en 1967!, sino en la soga del guiñol que alguien parece estar manejando, sin que alcancemos a saber con certeza quién es, pero que, a raíz del *Evento 201*, parece que entre banqueros, potentados, poderosos, *salvamundos* y, sobre todo *trileros* y gente súper-riquísima que, al parecer, aspiraran a vivir todavía mejor de lo que viven y a mandar con contundencia en una pobre gente adocenada, aterrada y dispuesta a dejarse llevar al prado del ronzal, con tal de que le echen un pienso cada tarde...

Insistamos: esto que va dicho no se sabe ni se puede probar; no obstante, tampoco se puede desmentir alegremente. En todo caso, como dicen por la parte de Nápoles, donde la Camorra, *se non è vero, è ben trovato*... Y, para que salgan las cuentas, a veces se echa en falta y tenemos que postular la existencia de aquella suerte de desconocido piloto que, sin perder el compás, llevaba a la deriva la barca de doña Remedios Amaya, la *eurovisiva*. Sí, sí, la *cantaora* que, al decir de las malas lenguas, hubiera querido cortarse las venas por ver si algún alma caritativa –aunque hubiera de vestirse con bata blanca- le daba algún punto, que contrapesara el no haber recibido ninguno de parte de los jurados de cada país, en aquel festival, celebrado en Múnich un ya lejano año de 1983.

Cambemos de registro por un momento. Dejemos a un lado fabulaciones y aparcemos hipótesis más o menos paranoicas. Tiremos por otra senda que tenga un andar más cómodo. Adentrémonos por la vereda de las certezas indubitables y mencionemos algo que cabe, perfectamente, ubicar en el negociado donde tienen su asiento las instancias de las que, decíamos unos párrafos más arriba, son luminosas como la luz de una mañana de primavera en el mediodía. Entre ellas está la que nos habla de la *contingencia* de la condición humana; la que toma nota de su *vulnerabilidad*; la que no puede por menos que reconocer que aquí no va a quedar nadie y que *-velis nolis-*, la guadaña de la muerte acabará segando la vida de los mortales.

Pero, ojo, que al igual que la *fatal arrogancia* de aquellos que -desenmascarados por el fino genio económico de *Friedrich von Hayek*- pensaban estar en condiciones de arreglar de una vez y para siempre las tribulaciones que conlleva atender de forma eficiente y justa a la dimensión económica de la vida humana; había muchos otros, vendedores de burras viejas como si de jacas lozanas se tratase -y que ahora, desde hace más o menos un año, están mudos como ahogados- que estaban empezando a redactar e incluso a vender una historia fantástica. La denominaré, con ironía, como: El bonito y aleccionador cuento de las andanzas y desventuras de la Atanasia.

Atanasia, Atanasia... No eutanasia. Atanasia, con alfa privativa. Que vale, en griego, por la preposición in, de nuestro hablar. Si *eu* quiere decir “bueno” y “eutanasia” quiere indicar “buena muerte” ... -“¡Sí, ho! ... ¡Ya t’oyí”, que decimos los de Mieres: como se ve y demostrado queda contra maledicencias e hiperbólicos, no es verdad que todos los que escriben en este libro hayan de ser de Verín, que aún hicieron hueco para un primo hermano de la parte asturiana-; digo que si eutanasia quiere decir buena muerte, *Atanasia* -además de nombre de señora, por más que ahora no se estile bautizar así a las niñas- declara que ni buena ni mala: corta de raíz el nudo gordiano y declara, a la pata la llana, no ya que muerto el perro, se acabó la rabia; sino simplemente, que no hay muerte. O para decirlo de manera más apropiada: que

estábamos a punto de matar a la muerte; que la inmortalidad estaba ya a la vuelta de la esquina y que todo iba a ser, en cuestión de unos pocos años más, cosa de *tortas y pan pintáo*.

Nos decían que, en virtud de la feliz coyunda donde se alineaban la serie de tecnologías *birli-birloqueras* NBIC -*uséase*, que diría el paisano: nanotecnologías, biotecnologías, informática (y aquí, los macro datos, *big data*, y el Internet de las Cosas, como estrellas más rutilantes), junto el cognitivismo de la Inteligencia Artificial y la robótica- íbamos a traer al mundo innovaciones tan profundas que los cambios acaecidos desde el *Achelense* al día de la fecha, iban a quedar en nada, comparados con los que nos iba a tocar vivir en los próximos treinta o cuarenta años.

Y puede ser que sí; tal vez muchos de los que leen esto acaben viviendo como para comprobarlo, contarlo y dar testimonio de que al principiar la segunda década del XXI, ya había quienes lo había anticipado: profetas de mejoramientos que ¡quiera Dios que no acaben siéndolo de calamidades, so capa de enhancement de la condición humana y sub especie boni de un paradójico y contradictorio post humanismo que a tantos parece fascinar pero que a quien suscribe, el hijo de mi madre, no me convence ni mucho ni poco, sobre todo, pensando en el aburrimiento eterno que supondría el más de lo mismo y el tener que aguantar a algunos prójimos cargantes y remecidos!... Para eso, mejor “no”. Démosle cauce a la *estrategia Virgen de Lourdes* y pidamos a Nuestra Señora que nos deje como estábamos... Que las carga el diablo y no parece estar suficientemente claro *cui prodest*, no se acaba de comprender a quién beneficiaría aquella nueva condición de lo que, *in illo tempore*, contarían orgullosos a arrobados *neo-entes*, había sido humano, simplemente humano, demasiado humano –el *menschliches allzumenschliches*, de Nietzsche-

Porque lo cierto es que, como digo, algunos visionarios -empleado sea el término en el sentido más caricaturesco que imaginarse pueda- al que suscribe ya le habían intentado colocar *el cuento de la Atanasia*. Era el mes de octubre del año 2019. Participaba en la presentación de un libro. Era una novelilla de ciencia ficción que se titulaba *Athanatos*. Hube de intervenir de telonero porque para eso habíamos acogido el evento con todo cariño: la editora es amiga y, aunque al autor, hasta aquel día, no había tenido el gusto, habida cuenta de que se trataba de una obra literaria que, aunque a mí no me dice nada género, pero sabiendo que, a otros, seguramente dotados de mejor gusto literario, les fascina, acepté de buen grado decir unas palabras liminares en el arranque del evento. Recuerdo que, tomando impulso en el título, evoqué y compartí con la audiencia lo que, precisamente aquel rótulo me había provocado. A saber: el avivar de un rescoldo de ceniza aun no apagado del todo en mi alma y que un día, cincuenta años atrás, brillaba con luminosa llama.

En efecto, como al bueno de don Marcel le había ocurrido con la magdalena, a mí, la lectura del título me había transportado *à la recherche du temps perdu* en una suerte de *travelling retro* a aquellos felices tiempos “de cuando guaje” que, bajo la dirección magistral del benemérito don Alfredo de la Roza Campo, cantaba en la cuerda de las voces blancas de la *Schola Cantorum* ovetense aquello del *Trisagio* -tres veces *Agios*; es decir, tres veces Santo: *Agios ó Theos; Agios Ischiros, Agios Athanatos... Eleison Imas...* lo que, mal transcrito, con toda certeza, pero razonablemente fiel a la verbalización de lo que se pedía, venía a significar: “Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal... Ten piedad de nosotros”... Aunque, para mejor *encoplarlo* en castellano, aquello último del *Eleison Imas* se transmutaba en una perífrasis que rezaba: “*libranos, Señor, de todo mal*”, en vez de mantenerse fiel al *Miserere Nobis* con que, vertido al latín, aún conservaba el sentido que ofrecía en griego.

Pues bien, terminado el trance que nos ocupaba en aquel momento, se me acercó y me presentaron a un señorín -cuyo nombre la caridad cristiana me pide velar- que, con cara de iluminado y tono mirífico me aseguraba -¡por sus muertos!- que estábamos a punto de conseguir *la muerte de la muerte*; que ya tenían contratos de quienes habían pagado el dinero convenido para adormecerse -en Alemania, creí haberle entendido- en 2019; y volver a la vida para no morir jamás, dentro de unos cuarenta o cincuenta años... Lo decía con tanto aplomo, con un entusiasmo tal, que no sabía uno muy bien a qué carta quedarse y cómo diagnosticar la esencia de aquel relato...

*¿Será cosa, ho?* Pensaba yo para mí... No me cuadraban las cuentas, cierto es; pero, como ya me estoy acostumbrando a que eso sea circunstancia habitual en esta especie de noria de las confusiones en la que parece que me está tocando vivir en los últimos tiempos, donde ya no se sabe si Pepe es hombre y Juana mujer o viceversa... o, por no entrar más a fondo, en la que parece que *una cosa puede ser y no ser al mismo tiempo lo mismo y su contrario*... y eso, sin enmendarse, con torería, desafiando -entre valientes y temerarios- los afilados pitones del *principio lógico de no-contradicción*... que, como te enganche, te manda para el hule y no hay doctor Padrós que te ampare... ni cuento de la Atanasia que te salve.

Lo bueno es que este tipo de pseudo dilemas teóricos, cuando se afila el florete de una esgrima dialéctica autorreferencial, buena para pasar el rato y *matar el tiempo* -¡ay, don Miguel de Unamuno... *Ora pro nobis!*-, cuando el diablo espanta moscas con el rabo, a falta de otras cosas mejores que hacer; digo que estos problemas teóricos suelen encontrar la horma de su zapato por vía de los hechos y acaban siendo disueltos -ni siquiera resueltos- por la fuerza de la razón práctica.

Tras un año metidos en casa, después de millones de infectados, con cientos de miles de muertos en el registro -¡y eso que, al decir de *don Simón*, la incidencia en *Expaña (sic)*, de haberla, no habría de pasar de "dos o tres casos diagnosticados"-, cabría preguntarse con Jorge Manrique, el hijo del condestable: "*¿Qué se hizo el rey don Juan?/ Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?/Qué fue de tanto galán?/ ¿Qué fue de tanta invención como trujeron? ¿Qué fue -no ya de aquel grandonismo, que Hayek destapara en monografía destinada a hacer época y a la que ya aludí más arriba, sino...- qué fue de aquel delirio de omnipotencia de quienes estaban prestos para asaltar el cielo y okuparlo por las bravas de una tecnocracia que, por mucho que avance a la hora de diseñar algoritmos capaces de *deep learning*... son *ná y menos*, en comparación con la maravilla que constituye cualquiera de las sinapsis que se efectúan, por caso, en el cerebro menos capaz, del más simple e ignorante de los humanos menos dotados.*

O sea, que, como nos recuerdan en el arranque de cada Cuaresma -*Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris!*-, el sino que nos espera no es otro que la aniquilación; el volvernos *nihil*, nada... Como Kant, admirado y con total respecto, cuando comparaba nuestra nadería con el cielo estrellado... tenemos que reconocer que habremos de acabar entregando la cuchara y devolviéndole al planeta la minúscula parte de polvo del que estamos hechos, durante unos cuantos años que gozamos de vida... Ahora bien: si eso fuera toda la verdad del asunto -y prevenidos estamos desde hace páginas de que no; de que eso es parte... parte muy importante; pero parte al fin- sí que podríamos suscribir con Jean Paul Sartre aquello de que *el hombre es una pasión inútil*...

Menos mal que el senequismo no es patrimonio de los de Córdoba... y que también por otras tierras saben recetar sentido común con aquello de que, por ejemplo, cuando te ven desolado,

con ánimo de consuelo te digan: “¡No, home, no! Tampoco ye pa ponese así, ho...! Por fortuna, las cosas no tienen por qué ser consideradas inexorablemente bajo aquella *pose* sartriana, tan negativa, a fuer de existencialista.

Kant mismo, sacándonos del *valle tenebrosa* del salmo 22, nos metía, en el mismo texto al que implícitamente nos acabamos de referir, por la trocha luminosa del mundo espiritual, tan humano como el otro. Aquel ámbito que eleva la condición de los humanos casi tanto como la consideración que, sin duda, cabía hacer con total legitimidad bajo el prisma de lo puramente animal que nos conforma. Porque si, como seres naturales, tendemos a cero... como seres espirituales, capaces de autonomía moral, participamos de una vida inteligible que nos emplaza en otra dimensión... y que, cuando vienen mal dadas, nos puede hacer concebir, entre otras cosas, algo no menos significativo antropológicamente; a saber: la *esperanzas*.

O sea que esto, cuando menos, es tan humano como el hecho de tener que acabar muriendo a esta vida. Y entonces aquí sí: aquí mi paisano Campoamor tiene también razón: depende de cómo te enfrentes a la situación. Si lo quieres mirar con lupa de color de rosa, te llamarán optimista; si lo tamizas con un cristal bien ahumado, lo verás todo de color negro y te motejarán de pesimista... Que también en *Agua, azucarillos y aguardiente* se decía lo mismo que vamos contando aquí nosotros.

Ponerle al mal tiempo, buena cara... y hacer de la necesidad, virtud... es algo que Carmen Lovelle llevó a cabo, escribiendo su *Diario*, mientras el doctor Sánchez *nos mandó a parar*. Hace ya muchos siglos –en el ya mentado siglo XIV- Giovanni Boccaccio, tomando causa en la peripecia de la peste bubónica, escribió el *Decamerón*. Aquella novela que, enmarcada en la triste coyuntura y acotándolo a diez días –*deca*, diez; *hemera*, día- nos mete entre los diálogos de unos personajes que nos ilustran y siguen dando que pensar. El arranque es fabuloso: “¡Cuántos valerosos hombres, cuántas hermosas mujeres, cuántos jóvenes gallardos a quienes no otros que Galeno, Hipócrates o Esculapio hubiesen juzgado sanísimos, desayunaron con sus parientes, compañeros y amigos, y llegada la tarde cenaron con sus antepasados en el otro mundo!”

¿Era previsible algo parecido setecientos años después, en la -encantada de haberse conocido- circunstancia de los viajes a Marte y de las preocupaciones por *el cambio del clima climático*, cual Moratinos *dixit*? ¡Ya lo creo que sí! Y a las pruebas me remito...

Moralejas: Disfrutemos de la vida; preparémonos para la muerte; ayudémonos los unos a los otros; mantengamos la esperanza... y, por encima de todo, *comamos e bebamos e poñámonos gordos e a canto nos digan, faigámonos sordos...*

Espero que la lectura de este libro te haya hecho disfrutar y que estas mis –un tanto ya largas- consideraciones de cierre te sirvan, cuando menos, de solaz.

Madrid, a 22 de febrero de 2021